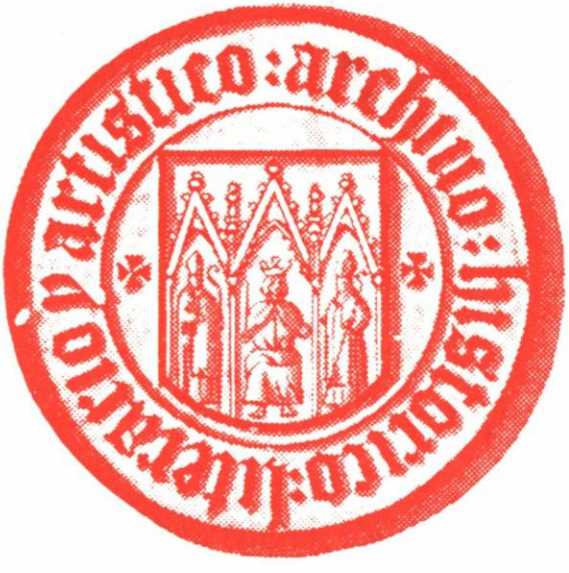
ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1989

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA
AÑO 1989

TOMO LXXII
NUM. 219

Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE SEVILLA
DIRECTORA: ANTONIA HEREDIA HERRERA

RESERVADOS LOS DERECHOS

Depósito Legal SE - 25 - 1958 I.S.S.N. 0210 - 4067

Impreso en Gráficas del Exportador – C/. Caracuel, 15 – Jerez

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACION CUATRIMESTRAL

2.ª ÉPOCA
AÑO 1989

TOMO LXXII
NÚM. 219

SEVILLA, 1989

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA
2.ª ÉPOCA

1989 ENERO-ABRIL Número 219

DIRECTORA: ANTONIA HEREDIA HERRERA

CONSEJO DE REDACCION

MIGUEL ANGEL PINO MENCHEN, PRESIDENTE DE LA DIPUTACION PROVINCIAL

ISABEL POZUELO MEÑO

FRANCISCO MORALES PADRÓN
OCTAVIO GIL MUNILLA
ANTONIO DOMÍNGUEZ ORTIZ
MANUEL GONZÁLEZ JIMÉNEZ
ANTONIO COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ
JOSÉ Mª DE LA PEÑA CÁMARA
VÍCTOR PÉREZ ESCOLANO
JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ
PEDRO M. PIÑERO RAMÍREZ
ROGELIO REYES CANO
ESTEBAN TORRE SERRANO
ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ
JUANA GIL BERMEJO
ANTONIO MIGUEL BERNAL

CARLOS ÁLVAREZ SANTALO

SECRETARÍA Y AMINISTRACIÓN:
CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1
TELÉFONO 22 28 70 - EXT. 213 Y 22 87 31
SEVILLA (ESPAÑA)

SUMARIO

PRESENTACION

Páginas

COMELLAS, José Luis 1

ARTÍCULOS

CABALLOS RUFINO, Antonio: *M. Vlpius Traianus pater* 9

DE CIRES ORDÓÑEZ, Juan Manuel; GARCÍA BALLESTEROS, Pedro E. y VÍLCHEZ VITIENES, Carlos A.: *Negros antes que esclavos* 29

AGUADO DE LOS REYES, Jesús: *La peste de 1649: Las collaciones de Santa Cruz y San Roque* 45

NÚÑEZ ROLDÁN, Francisco: *Aproximación al estudio de la estratificación social en el mundo rural según los niveles de ingresos anuales* 57

VILAPLANA MONTES, Manuel: *Nota biográfica sobre monseñor Ilundain. Actividad y magisterio hasta su nombramiento como arzobispo de Sevilla* 69

QUINTANA TORET, Francisco Javier: *Endeudamiento municipal, mercado financiero y tesoros en Andalucía. Los censualistas del concejo malagueño (siglos XVI y XVII)* 81

SÁNCHEZ LORA, J. Luis: *Volumen y estructura del capital. Morón de la Frontera: 1700-1780* 107

GAMERO ROJAS, Mercedes: *Papel del clero sevillano en la actividad económica de finales del Antiguo Régimen: el mercado de la tierra* 125

PARIAS SÁINZ DE ROZAS, María: *La nobleza sevillana del siglo XIX y su vinculación al mercado de la tierra* 151

LÓPEZ OLLERO, María Alejandra: *Los inventarios de bienes del clero regular de la provincia de Cádiz (1835-1837)* 167

RODRÍGUEZ BERNAL, Eduardo: *El tráfico del puerto de Sevilla desde 1900 a 1935* 175

ÁLVAREZ PANTOJA, María José: *Banqueros privados en la Sevilla del siglo XIX: Juan Pedro Lacave* 199

GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ, Antonio: *Un modelo de financiación del tráfico con Indias: El riesgo marítimo en las flotas de 1765 y 1768* 219

MISCELÁNEA

WAGNER, Klaus: *A propósito de unos libros de la propiedad de Pero Mexía* 249

LIBROS

Temas sevillanos en la prensa local (mayo-agosto, 1988)

REAL HEREDIA, José J. y ZAHINO PEÑAFORT, Luisa 255

Crítica de Libros

AGUILAR PIÑAL, Francisco. *Rodafortuna.* Antonio Cascales 271

WAGNER, Klaus. *Historia de los Alumbrados (1570-1630) IV, Los Alumbrados de Sevilla (1605-1630).* Álvaro Huerga 276

I

HOMENAJE A

D. OCTAVIO GIL MUNILLA

PARIAS SAINZ DE ROZAS, María: *La nobleza sevillana del siglo XIX y su vinculación al mercado de la tierra* 151

LÓPEZ OLLERO, María Alejandra: *Los inventarios de bienes del clero regular de la provincia de Cádiz (1835-1837)* 167

RODRÍGUEZ BERNAL, Eduardo: *El tráfico del puerto de Sevilla desde 1900 a 1935* 175

ÁLVAREZ PANTOJA, María José: *Banqueros privados en la Sevilla del siglo XIX: Juan Pedro Lacave* 199

GARCÍA-BAQUERO GONZÁLEZ, Antonio: *Un modelo de financiación del tráfico con Indias: El riesgo marítimo en las flotas de 1765 y 1768* 219

MISCELÁNEA

WAGNER, Klaus: *A propósito de unos libros de la propiedad de Pero Mexía* 249

LIBROS

Temas sevillanos en la Aragón [illegible] (1988)

REAL HEREDIA, José J. y ZAHINO PEÑAFORT, Luisa 255

Crí[illegible]

AGUILAR PIÑAL, Francisco: *Rodaforiana*. Antonio Cascales 271

WAGNER, Klaus: *Historia de los Alumbrados (1570-1630) IV: Los Alumbrados de Sevilla (1605-1630)*. Alvaro Huerga 276

PRESENTACIÓN

Era por los primeros días de septiembre de 1963. Acababa de incorporarme a la cátedra de Sevilla, me sentía en todo un recién llegado, y acepté con gusto la invitación que me hizo la Universidad Hispanoamericana de La Rábida para dar un curso sobre pronunciamientos militares, sociedades secretas o algo por el estilo, ya no recuerdo bien. Era una buena forma de ir tomando contacto con mis nuevos y futuros compañeros. Sí recuerdo la impresión que me produjo la finura del paisaje rabideño, una finura que me hizo comprender mejor que nunca la poesía de Juan Ramón. Un paisaje penetrante, y sin embargo casi metafísico por la propia parvedad de elementos físicos en que se apoyaba: un mar que casi no era mar, una tierra que casi no era tierra, en temblorosa indecisión. Todo cuando acababa de llegar de mis tierras galaicas, con sus poderosos promontorios y sus rías suculentas. Y las puestas de sol, las famosas y sangrientas puestas de sol de La Rábida. Cuando en otras partes se apagan el cielo y la tierra, allí se encienden en rojos incomprensibles que nacen o que mueren —eso nunca se sabe— en la barra de Saltés.

Viene todo a cuento porque en uno de aquellos atardeceres sangrientos comenzó a dejarse oír la música. Era el Concierto n.º 4, en Sol mayor, de Beethoven. Hubiera jurado que el pianista era Emil Gilels. Comenzar a a sonar la música y dirigirme hacia la fuente que la producía fue todo uno: jamás he sabido permanecer indiferente a su reclamo. Abrí la puerta y me encontré frente a un hombre todavía joven, de recia humanidad y poblado bigote, que se le ensanchaba curiosamente todavía un poco más cuando sonreía, como ocurrió en aquella ocasión. Se me presentó con una sola palabra: «Octavio». Había oído hablar de Octavio Gil Munilla, había leído varios de sus trabajos, comenzando por la tesis sobre las Malvinas, sabía que era Vicerrector de aquella Universidad. Pero hasta el momento no habría tenido ocasión de conocerle. Desde entonces, la puesta de sol en La Rábida, el cuarto Concierto de Beethoven y Octavio Gil Munilla han quedado para mí indisolublemente unidos. Ya sé que se trata de una asociación estimativa alógica, que decía Freud; pero la vida está llena de asociaciones estimativas alógicas, y esta, bien mirado, no es mala.

Días más tarde, ya en Sevilla, Octavio fue mi mentor, mi cicerone, mi guía, mi presentador. Me habló, uno por uno, con certeros juicios, muchos de los cuales aún recuerdo, de quienes iban a ser mis compañeros. Me aconsejó sobre muchas cosas que debe hacer o no debe hacer un catedrático de Universidad. Hasta me ayudó, correteando por las calles de Sevilla y por las agencias inmobiliarias, a buscar un piso. Creo que nunca le he agradecido lo suficiente todo eso. Pero entretanto aprendí a conocerle.

Octavio Gil Munilla es un hombre entero y enterizo, hecho de una sola pieza. Si tratamos de desglosarlo en elementos componentes, nos equivocamos. Y, sin embargo, hay en él dos ingredientes en lo que se refiere a su naturaleza geográfica, que se han fundido, no en una simple unión o yuxtaposición, sino con la radicalidad de una combinación química. Es navarro de nacimiento, y navarro de La Ribera, que es lo más navarro de la cabeza a los piés que se puede ser. Se le nota a las leguas que es navarro, y él mismo presume de que se le note. No abdica un ápice de su condición, y no abdicará jamás. Sin embargo, se ha entrañado profundamente con Sevilla, hasta hacer de ella su segunda naturaleza (en el sentido etimológico de la palabra), ha estudiado con amor temas sevillanos —justo cuando empiezo estas líneas acabo de leer un artículo suyo sobre «La utopía del cambio en la Sevilla del Trienio Liberal»—, y se ha dedicado y dedica a investigar con el rigor, la tenacidad y el sentido del detalle escrupuloso y preciso que siempre le han caracterizado, el origen de los nombres de sus calles.

Los viajes a su Tudela natal —por lo menos en los veinticinco años y pico de que puedo dar fe— han sido sorprendentemente pocos. Y cuando alguna vez se lo reprochaba, me respondía invariablemente —sobre todo en los primeros años, cuando tal vez me suponía insuficientemente aclimatado—: «es que esta es la mejor tierra del mundo». Que es lo que piensan muchos sevillanos, pero se lo callan, por deferente respeto a los que no lo somos. Octavio no es sevillano, y no tiene por qué obrar con esos respetos. Ha venido a Sevilla hace cuarenta años, para quedarse, y con todas sus consecuencias.

También puede hablarse de dos Octavios, aunque en sentido no objetivo, porque uno de ellos resulta ser falso, por lo que se refiere a su imagen: el aparente y el real. Su carácter entero y macizo, su franqueza, su afán de ir directo a las cosas y de cantar las verdades tal como él las siente y sin pelos en la lengua, puede producir a quienes no le conocen de cerca —e incluso a personas dotadas de la mejor voluntad—, una impresión de lo que no es. Es la imagen, que la persona de carne y hueso ha tenido que sufrir muchas veces, del Octavio Gil Munilla intransigente, intolerante, impositivo, del «sostenella y no enmendalla». Hay que acercarse más para darse cuenta de su capacidad

de escuchar hasta el final a quien tiene que decir algo en contra de sus opiniones o de sus más profundas convicciones. No abdica, pero escuha, dialoga, tolera.

En este sentido, por profundamente humano y por historiador, es Octavio Gil Munilla un buen comprendedor. He de confesar que pocos juicios sobre las personas me han parecido mejor pensados —y más prudentes— que los suyos. Muchas veces no comparte, pero comprende. Y porque comprende admite. Ha tenido que ceder muchas veces en la vida, porque la vida, y más la universitaria, está llena de cesiones; pero lo ha hecho con elegancia, con absoluta dignidad, sin perder el tipo en ningún momento. Y Octavio, aunque hombre de temperamento, de personalidad fuerte, si se quiere arriscada, no es «peligroso» ni puede serlo: se le vé venir, se advierte a las claras por dónde va y a dónde va. Un antiguo discípulo me lo dijo un día: «no engañó jamás a nadie». No engaña, no finta, no disimula, no maniobra, va por derecho. A veces, aunque no muchas, por prudencia, puede no decir lo que piensa; pero jamás dice lo que no piensa.

Su carácter comprendedor —prefiero aquí la palabra a «comprensivo»— le ha permitido encontrar a los mejores colaboradores y ha sabido crear una escuela de enorme fecundidad, que ha tenido tiempo de dar sus frutos, y aún seguirá dándolos, porque Octavio Gil Munilla continúa dirigiendo trabajos de investigación de alta categoría. Quizá precisamente porque comprendió y toleró, su escuela ha multiplicado el ámbito de su dedicación sectorial. Y esa multiplicación le ha permitido dirigir los primeros trabajos de historia «no clásica» o «no tradicional», en nuestra Facultad. En este sentido, ha sabido ser el primero de los «modernos». La historia demográfica, la historia social, la historia económica, la historia de las mentalidades han contado entre sus discípulos los primeros cultivadores.

Cuarenta años de cátedra universitaria han dado para mucho en el campo de la docencia. Octavio Gil Munilla ha visto desfilar docenas de promociones de estudiantes, desde las reducidas de los primeros tiempos hasta las masificadas de los finales, desde el ambiente familiar y un tanto destartalado de la calle Laraña hasta las vastedades —con todo cada día más insuficientes— de la Fábrica de Tabacos. Vicerrector de la Universidad Hispanoamericana de La Rábida, más tarde Director del Colegio Universitario, miembro destacado de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y director de la *Revista de Indias*, lo suyo no fueron, sin embargo, los cargos. Ni los ambicionó, ni, por las sinrazones que hayan operado, se pensó demasiado en él para ocuparlos. Lo suyo ha sido más bien el trabajo callado y eficaz. Ha creado más escuela de cuanto él, tal vez pudiera suponer. Ha ideado, estimulado, apoyado, aconsejado, sin imponer. Tiene un especial sentido de la organización y cooperación. En los últimos años quiso refugiarse,

con su Departamento, en el viejo edificio de la antigua cárcel de la Fábrica de Tabacos, como para estar más en familia con sus colaboradores. Y supo montar aquello con un gusto muy especial, no exento de sentido del humor. Imprimió su sello personal, y ese sello aún permanece allí. Cuando la ley obligó a la fusión de Departamentos, todo el mundo siguió llamando a aquella parte «el Departamento de Don Octavio». Y por mí, que se lo sigan llamando durante muchos años. Los marchamos bien impresos tardan mucho tiempo en borrarse.

Una cualidad que nadie puede negarle es la de su responsabilidad ante los alumnos. Ha sido un profesor exigente, pero, sobre todo, un profesor entregado. Preparaba a conciencia cada clase, y siempre se le vio preocupado por los planes y métodos docentes. Creo que fue el primero en emplear el video en nuestra Facultad. Y la docencia, la distribución de asignaturas, el cuidado en la realización de los exámenes —los famosos «exámenes de Don Octavio», extensos, completos, aquilatados al máximo para conseguir el mayor grado posible de objetividad— figuraron año tras año entre sus principales preocupaciones.

Hombre de amplias y muy diversas lecturas, sorprende a veces con temas en que nadie le sabía impuesto. Con la misma facilidad impartía visiones señeras sobre una disciplina o una época, que descendía a la monografía especializada. Y esto, sin olvidar nunca el carácter universal de la Historia, que lo mismo traslucía al contenido desus programas que a la temática de sus cursillos. Hoy mismo, como Profesor Emérito de nuestra Universidad, está impartiendo un curso detercer ciclo sobre la China de Sun Yat Sen (algo que, a decir verdad, no es demasiado frecuente entre el profesorado español).

Quizá la Universidad, en muchas ocasiones, no haya sido justa con él, aunque nadie niega, porque no puede, sus méritos, su inteligencia organizadora y docente, su entrega eficiente durante más de cuarenta años de vida universitaria, a lo largo de los cuales Octavio Gil Munilla no quiso ser otra cosa —nada más y nada menos— que eso mismo: un universitario a carta cabal. Precisamente porque amaba, y sigue amando, a la Universidad, vivió en ella momentos amargos; también, es cierto, sus logros, cuando el trabajo desinteresado rendía sus frutos, que los rinde al fin y al cabo.

Cuando una ley muy discutida dio lugar a la jubilación de Octavio como catedrático, en la plenitud de sus facultades físicas e intelectuales, a los miembros de su Departamento les faltó tiempo para solicitar su nombramiento como Profesor Emérito de la Facultad, solicitud que tuve la satisfacción de cursar y la alegría de ver concedida. Así Octavio seguirá acompañándonos, para bien de todos, unos años más. No quiso homenajes de ninguna clase, por más que intentamos ofrecerle alguno. Su despedida, en forma de una lección final del Curso de Ex-

tranjeros, fue sencilla, como un acto más de una vida dedicada por entero, generosamente y sin pedir nada a cambio, a la Universidad.

Hay, sin embargo, una forma de homenaje que no puede rechazar por principios y en virtud de su propia naturaleza, porque es una obra científica, es un hacer historia, justo lo que él pidió siempre a sus discípulos. Gracias a *Archivo Hispalense* y a la excelente disposición de su Directora, es posible dar salida a este número homenaje a Octavio Gil Munilla. Y nada más anunciarse la oferta de la Revista, que todos agradecemos, el problema no ha sido la búsqueda de colaboradores, sino el número inusual de trabajos que espontáneamente se han presentado para rendir homenaje, de la única manera que él no puede rechazar, a «Don Octavio».

Trabajos de muy diverso linaje, de muy variadas líneas de investigación, como símbolo de la amplitud enriquecedora a que antes me refería; pero todos ellos científicamente valiosos, contribución de categoría a esa historia de Sevilla que Octavio Gil Munilla cultivó —y seguirá cultivando— a lo largo de su vida; y que son testimonio de una admiración y un afecto sinceros, de esos que no declinan con el tiempo. Para mí es un motivo de satisfacción, de particular alegría, que los miembros del Departamento quisieran hacerme presentador de este homenaje. He cumplido el encargo con mejor voluntad que acierto, pero esa buena voluntad es lo que, en nombre de todos, quiero ofrecerle de corazón, como prueba de lo que él siempre supo valorar más: la amistad, el compañerismo, el espíritu universitario.

José Luis COMELLAS